



DON JUAN
Ensayos sobre el origen de su leyenda
Gregorio Marañón, 1940

Extractos del volumen editado por Espasa Calpe en su Colección Austral

Consta de un prólogo y tres ensayos:
Los misterios de San Plácido,
Gloria y miseria del conde de Villamediana y
La novia de Don Juan

PRÓLOGO

Los presentes *Ensayos* tienen la pretensión de hacer resaltar la importancia de los factores psicológicos en la formación de la leyenda [de Don Juan].

Bajo el reinado de Don Felipe IV, nace Don Juan de la cópula de dos temas en apariencia no relacionados: el del Convidado de Piedra y el del Burlador. Es evidente que esto no sucede por azar. Don Juan fue obra del ambiente español de aquellos años, y no pudo serlo de ningún otro. Obra de esa plenitud creadora que da a las razas el momento en que trasponen el puerto que separa la ascensión del ocaso; y de los elementos religiosos, encrespados, que conmovían el alma del hombre peninsular.

LOS MISTERIOS DE SAN PLÁCIDO

En este convento, que fue en el siglo de su fundación de los más famosos de Madrid, ocurrió en 1628 el contagio de la comunidad por la herejía de los alumbrados. Toda actitud religiosa tiene su clave en el amor. En el misticismo, este amor se sublima; y en su delirio adquiere tonalidades eróticas, en el sentido noble de esta palabra. Y fue el ambiente del siglo, cargado de insana sensualidad, el que creó la secta de los alumbrados, remedo degenerado y vergonzoso de la más alta manifestación del espíritu español; el alumbrado español era un místico degenerado y grosero.

Al principio, los alumbrados eran gentes que pretendían recibir directamente de Dios, y al margen de los medios de gracia dispensados por la Iglesia, una luz especial que les hacía aptos para la revelación y para la perfección. Esta definición nos demuestra la vaguedad de la doctrina, que respondía únicamente a un estado de religiosidad exaltado, anárquico, individualista, con carácter constante de rebeldía a las normas oficiales.

Pero sobre esta actitud puramente religiosa, común a todos los iluminados del mundo, en el español asoma una consecuencia inmoral de la doctrina que se caracteriza por la conversión del error espiritual hacia el carnal desenfreno. Ojeando los procesos de la Inquisición de finales del siglo XVI se ve aumentar el número y el cinismo de los alumbrados que, con malicia o ingenuidad sorprendentes, resolvían el arduo problema de dar su alma a Dios y su cuerpo al diablo; pero esto último con más ardor y autenticidad que lo primero. El escándalo llegó a su colmo en los reinados de Felipe III y Felipe IV.

Insisto en la relación del estado social en que prendió y creció la secta alumbrada con la aparición de Don Juan en el escenario español; el origen de la popularidad española del Burlador está en la fruición que el pecado añade al amor y que Tenorio dilata hasta el sacrilegio. El alumbrado planteaba esta misma fruición del sacrílego goce, pero no con la heroica individualidad de Don Juan, sino cubriendo hipócritamente, con un rito religioso, la inferioridad que le daba ante el amor la falta de energía, de belleza física y, en suma, de seducción.

El aspecto decididamente sexual de la secta se había iniciado cincuenta años atrás, en el episodio de los alumbrados de Llerena. En esta ciudad extremeña, casi despoblada de sus mejores hijos, que corrían a las Américas en busca de oro y de gloria (...) la austera vida del campo extremeño se tornó en bacanal desaforada. Aquellas mujeres secas y apasionadas de la estepa occidental (...) “derretíanse en amor de Dios”; pero el derretimiento ocurría en brazos de sus predicadores, hasta que la llama fue apagada con rápida severidad por la Inquisición.

El ejemplar castigo extinguió la llamarada de los alumbrados extremeños, tan representativa de la fase pornográfica de la secta. Pero el mal se reprodujo y siguió degenerando, hasta llegar a ser en los años de Felipe IV una especie de donjuanismo de sacristía, en el que la ausencia de gracia personal se trataba de suplantar cínicamente por la gracia divina.

GLORIA Y MISERIA DEL CONDE DE VILLAMEDIANA

Don Juan y yo

Nunca me ha salpicado el polvo o el barro de las botas petulantes de Don Juan. Don Juan me interesa por su prestigio de mito; por haber sido manantial de tantas creaciones literarias; por el mismo equívoco espejismo de su personalidad; porque los donjuanes que trajeron hasta mí la vida o mi profesión eran personas excelentes, de una vanidad teatral y agradable cuando hablaban de sus aventuras, y, para todo lo demás, amigos impecables y de singular cordialidad.

Don Juan y el tiempo de hoy

El donjuanismo, que hace veinte años era un problema patético para los hombres y mujeres de entonces, hoy ha dejado casi de serlo. Representaba Don Juan, todavía, una reacción peculiar y llamativa, a veces heroica, del varón ante la organización de la vida sexual.

Sería interesante disertar sobre el hecho de que un sentimiento fundamental, como el amor, más que por todas las influencias espirituales, se ha transformado por dos cosas que son pura materia: el pequeño automóvil y el teléfono, que han matado a Celestina y a Ciutti, colaboradores, y en parte creadores, del prestigio del Burlador.

Sin embargo, la actualidad de Don Juan volverá a florecer [porque] las actitudes del hombre ante el amor son siempre las mismas y oscilan entre dos gestos extremos: o el amor se conquista y se sublima, o el amor se regala y se profana. Ahora estamos en la fase del amor regalado; si no hay obstáculos morales o sociales para el amor; si la pasión de desear y poseer no es pecado nunca; si la mujer no espera ya cada una de las cosas que necesita de nosotros (...) sino que ella todo lo consigue ¿qué tiene que hacer entre nosotros Don Juan?

Donjuanismo juvenil. Donjuanismo tardío.

En el teatro son frecuentes los “caracteres de una pieza”; pero en la vida son muy raros. Muchos donjuanes no llegan, siéndolo, hasta el acto final de la vida. El mismo Don Juan Tenorio de Zorrilla, el mejor y el más popular entre los literarios, sólo es Don Juan en la juventud. En cuanto entrevé a Doña Leonor a través de una celosía, se enamora como un recluta de ella, y ésta es, en realidad, la abdicación de su donjuanismo. Todo lo que hace después son sólo botaratas para cumplir con su prestigio, con su leyenda y, sobre todo, para justificar ante sí mismo su rendición interior.

El hombre verdadero, en cuanto es hombre maduro, deja de ser Don Juan. Los donjuanes que lo son hasta el fin de su vida es porque conservan durante toda ella los rasgos de su indeterminación juvenil. Y esto es, precisamente, uno de los secretos de su poder seductor.

El instinto indiferenciado

Don Juan vive obsesionado por las mujeres y corre de una en otra porque su instinto rudimentario se satisface con cualquiera de ellas. La mujer es para él tan sólo el medio de llegar al sexo. Su actitud es la del adolescente y la del macho de casi todas las especies animales. Don Juan es un sexo y no un individuo.

El físico de Don Juan

El físico del genuino Don Juan confirma su indecisa varonía. Casi todos los donjuanes que hemos conocido estaban lejos de las normas enérgicas e hirsutas del prototipo del varón: Mañara aparece en su retrato, pintado por Murillo, como una linda doncella; Casanova, en el único retrato auténtico que tenemos de él, tiene la perfección y delicadeza de rasgos de una mujer.

Los celos. Los viajes

Don Juan es inaccesible a los celos, una expresión violenta del instinto de posesión, que en él es fugaz. Una vez conseguida la mujer lo que le importa es abandonarla. Por ello, todos los rivales de Don Juan son anteriores a la posesión de la mujer deseada; una vez poseída, el rival ya no existe para él.

Con esto se relaciona el instinto viajero del Don Juan tradicional. Las complicaciones de cada conquista y de cada olvido le obligaban a buscar otro campo remoto a su instinto. Este es el sentido de la gran abundancia de donjuanes en el cuerpo diplomático o la vida militar: el cambiar frecuentemente de guarnición es una ventaja con la que no puede competir el secretario del Ayuntamiento o el profesor del Instituto.

El escándalo

Otro rasgo propio del instinto donjuanesco es la ostentación escandalosa y deliberada de sus éxitos amorosos, la exageración de éstos e incluso su invención, como hacen también los adolescentes (...); en parte porque el escándalo es el arma más eficaz para sus nuevas aventuras. Don Juan es fundamentalmente tramposo. Su moral es el traslado al amor de la máxima maquiavélica "el fin justifica los medios".

Errores en la interpretación de Don Juan

Todos estos rasgos demuestran la proximidad en que se halla el amor de Don Juan del amor indiferenciado de las especies animales; y, en la humana, del de los adolescentes y del de los débiles y los intersexuales. Lejos del gran amor, recóndito y diferenciado, del verdadero varón, Don Juan posee un instinto inmaduro, adolescente, detenido frente a la atracción de la mujer en la etapa genérica y no en la etapa estrictamente individual.

La leyenda española

Aunque nacido al mundo de la leyenda en España, Don Juan apenas tiene nada de español. Todo el resplandor español que rodea a su figura es

anécdota pura. Nada tiene que ver con lo esencial de la psicología donjuanesca, que es una modalidad universal del amor humano, con menos raíces en España que en cualquier otro país de la tierra. [Lo que ocurre es que] el elemento pintoresco, accesorio, es el que influye decisivamente en la difusión y en la eficacia de los grandes mitos, como de los altos personajes históricos.

Componentes de la leyenda

Dos son los componentes de la leyenda de Don Juan. En primer lugar, el hombre fascinador que atrae a las mujeres, que las seduce, las abandona y las sustituye por otras, en una incansable experiencia de amor. En segundo lugar, su irreligiosidad y su cinismo; su perpetuo desafío a la sociedad, a la Iglesia y a Dios. De estos dos elementos sólo el primero es esencial para la psicología del protagonista.

A partir de mediados del siglo XIX la leyenda romántica de Don Juan se convierte en un problema de biología sexual. En 1886, con Hayen, aparece la palabra donjuanismo, indicando ya la transformación de un mito literario, en una modalidad humana del amor. Siendo una modalidad universal del amor (...) yo afirmo que el amor donjuanesco es en España una importación exótica, sin raíces nacionales y sin tradición.

Don Juan y “el médico de su honra”

La modalidad netamente nacional del amor español es, era sobre todo entonces, la del hogar castellano, monogámico, austero hasta rozar el misticismo; el hogar de la prole copiosa, concebida casi sin pecado, en el que la alcoba tiene la dignidad rigurosa de una celda. La reacción psicológica específica del varón español es el culto de la honra, llevado hasta la violencia, hasta el último sacrificio; si es necesario, hasta la venganza y hasta el crimen, que el honor justifica siempre.

El varón castellano autóctono está representado no por el Don Juan, sino por *El médico de su honra*; es decir, por el marido, el amante, el padre o el hermano que depositan el honor conyugal y el familiar en la virtud de la mujer, y que no retroceden ante nada para defenderlo o para vengarlo no sólo cuando es ofendido, sino cuando sólo se sospecha que se le puede ofender.

Andalucía y Don Juan

En Andalucía, el tipo autóctono del amor es el mismo amor caballeresco, esclavo del honor, de Castilla. Cuando en Andalucía surge un verdadero Don Juan es siempre un forastero o un andaluz desarraigado, de vuelta del mundo, como el Don Juan de Tirso, que aprendió su técnica de seducir sin amar en la corte de Madrid y en las ciudades de Italia.

Miguel de Mañara ha sido torpemente comparado a Don Juan, cuando en realidad fue un místico cuya juventud turbulenta, llena de acentos donjuanescos, fue sólo la preparación de su santidad final. [Pero el propio Marañón define a Mañara como “un Don Juan vivo” en la página 71.]

Don Juan en el tiempo antiguo

Don Juan es un producto de sociedades decadentes y había paseado ya su cinismo en el declinar de varias civilizaciones, cuando aún España era un embrión de pueblo, sin estructura nacional. Es fácil encontrar donjuanes perfectos en Grecia y en la Roma precristiana. En ésta se había publicado el primer manual, el más cínico y el más perfecto del amor donjuanesco, que fue el 'Ars amandi', de Ovidio. El mismo Ovidio fue un Don Juan, con todas sus glorias, sus miserias y sus equívocos.

La fuerte y fecunda Edad Media no era propicia al amor donjuanesco. La modalidad prototípica del amor en estos siglos es el amor caballeresco. El donjuanismo, que no es otra cosa que la aplicación del maquiavelismo al amor humano, resurge en Europa con nuevo brío en el Renacimiento. El donjuanismo invadió a Europa como la invadió la arquitectura renacentista. Si Don Juan nació literariamente en España y no en Francia o en Italia, es porque Don Juan es un rebelde frente a la ortodoxia social y religiosa; y los poderes contra los que se sublevaba -Dios y el Estado- eran aquí más fuertes que en parte alguna; en ninguna parte como en España, Don Juan podía ser un héroe. El ímpetu sacrílego, a pesar de ser accesorio, es lo que dio prestigio heroico al Burlador desde su nacimiento y lo que propagó su leyenda.

El nombre de Tenorio

Es seguro que Tirso no pensaba, al escribir su drama, en ningún Tenorio de los que conoció (siempre ha habido en España hombres de este apellido; por ejemplo, Cristóbal Tenorio, un donjuán auténtico, contemporáneo de Tirso, que sedujo y raptó a la hija de Lope de Vega). Tirso inventó, sin duda, este nombre al azar. Pero, como todos los aciertos geniales, tiene tan profunda significación que, por sí solo, ha contribuido a la categoría legendaria del héroe.

Don Juan: el nombre que evoca, aunque sacrílegamente, al discípulo visionario y dulce, amado de las mujeres, siempre cerca de ellas; el del rostro femenino y los largos cabellos. Y Tenorio, que quiere decir tener, poseer.

El perdón al Burlador

Esto es lo que yo pienso de Don Juan y de su leyenda; a saber, que su actitud ante el amor responde a un instinto indeciso y no a la idea proverbial del varón magnífico; idea glorificada por varios siglos de literatura nutrida de brillantes apariencias y no siempre de humanas realidades.

Que, a pesar de cuanto se dice, Don Juan no es un prototipo español. Nada tiene que ver con las actitudes instintivas profundamente típicas de nuestra raza. Don Juan no es una creación española, ni menos andaluza. Vino a España desde otros países de Europa, empujado por el huracán renovador y cínico del Renacimiento. Si nació a la mitología literaria en España fue porque en aquel siglo la fecundidad del genio español coincidió con una decadencia profunda de la moral nacional.

Por nacer en España, la leyenda de Don Juan surgió unida a elementos religiosos y fúnebres típicamente ibéricos, que fueron la causa inmediata de su éxito y de su difusión. Pero pronto, la figura del Burlador se despojó de estos elementos

locales y de época para convertirse en uno de los mitos universales y eternos del amor.

Finalmente, es lo más probable que el modelo vivo que impresionó a Tirso de Molina para idear su drama fue el conde de Villamediana, al que el gran fraile conoció de cerca y cuya vida fue un trasunto exacto de la del Burlador.

LA NOVIA DE DON JUAN

[Sobre las relaciones entre Felipe IV e Isabel de Borbón]

Isabel de Borbón había nacido en Fontainebleau en 1603. Casi desde que vino al mundo había sido prometida al príncipe de Piamonte; pero estos tratos se deshicieron, y en 1608 comenzaron las negociaciones para el enlace de la princesa con Felipe, heredero de la monarquía española.

Las bodas entre Isabel y Felipe no se celebraron hasta el año 1615 por la corta edad de los dos novios. Al fin, Isabel, acompañada de su madre, salió de Paris. Tenía sólo 12 años. En el camino, adquirió la viruela, que la obligó a detenerse en Burdeos. Su rostro quedó señalado con las huellas de la enfermedad; pero entonces estas cicatrices eran tan frecuentes que apenas se consideraban como defecto.

Las bodas se celebraron por poderes en Burdeos. [Un mes más tarde] se celebraron las fiestas en Burgos. Toda la nobleza de España rivalizó en aparato y en lujo, destacando, entre todos, el Conde de Olivares. Lope de Vega y Quevedo presenciaron y cantaron las fiestas. La catedral se vistió de gala. Y también el Monasterio Real de las Huelgas, cuya abadesa, hermana del rey, colmó de regalos magníficos a Doña Isabel.

En noviembre de 1620 se consideró a la princesa apta para el matrimonio carnal. Hubo una gran fiesta en el palacio del Pardo. Tres días después, los dos jóvenes esposos consumaron la coyunda en el mismo lecho.

Doña Isabel tuvo diez embarazos pero su fecundidad fue desgraciada. Cuatro de los partos fueron prematuros; y de los seis que vivieron, murieron todos a las pocas horas o a los pocos meses, salvo el príncipe Baltasar Carlos que vivió hasta los 17 años ⁽¹⁾ y la princesa María Teresa, que fue reina de Francia [esposa del Rey Sol]. Esta catástrofe hace pensar en la sífilis. Y también en la intervención desdichada de los médicos de Palacio que, con sus cuidados pedantescos eran verdaderos Herodes de las familias reales. En cambio, los hijos furtivos de los reyes, enviados, por lo común, a los pueblos, al cuidado de antiguos servidores, escapaban a la mortífera influencia de los doctores de la cámara real.

Felipe IV era ya padre a los 14 años, antes de unirse con su esposa, y durante el matrimonio con ésta engendró siete más de la serie ilegítima: dos llegaron a obispos; uno, a general de artillería; otra, fue superiora del convento de la Encarnación; otro, fue Don Juan [José] de Austria. El rey no sólo era infiel día tras día, sino que gustaba de rodear sus aventuras del mayor escándalo posible. Los sutiles embajadores venecianos nos revelan en los despachos secretos a su Gobierno, todo el dolor íntimo de la bellísima princesa que las gentes de la calle y los cortesanos veían reír y bromear en las comedias.

⁽¹⁾ Murió a consecuencia de los juveniles excesos con una mujer de encantos arrebatadores, que le proporcionó su ayo Pedro de Aragón.

SUELTOS

La mente de los grandes creadores, es decir, el pueblo y los genios, obedece siempre, sin saberlo, a razones profundas cuya trama y mecanismos no perciben los contemporáneos; y sólo al cabo de los siglos, cuando cien años se ven como si fuera una hora y la humanidad como una compañía de actores y el mundo como un escenario, sólo entonces esos hilos invisibles que mueven la génesis de cada cosa se empiezan a entrever. [p.10]

El dinero, el poder o la gloria son y serán imanes eternos para el instinto femenino. [p. 83]

Los sucesos políticos, aunque manejados en apariencia por manos humanas, están en la realidad movidos por fuerzas complejas y superiores. [p.156]